

✿ Brian Mcneill ✿

# PÁNICUS

BEATRIZ OSÉS



edebé

**Brian Mcneill: PĀNICUS**



Beatriz Osés

**Brian Mcneill: PÁNICUS**

*Ilustraciones de Mónica Armiño*

**edebé**

© Beatriz Osés García, 2022

© de la edición: Edebé, 2022  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

Dirección de Publicaciones Generales: Reina Duarte  
Diseño de la colección: Book & Look  
Ilustración: Mónica Armiño

1.ª edición, mayo 2022

ISBN: 978-84-683-5641-9  
Depósito legal: B. 767-2022  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

**Soy el pánico y te puedo dejar paralizado.**

*Con mi especial agradecimiento a Mantas,  
que fue mi primer corrector y que me propuso un  
beso de amor en esta historia.  
(Aiss, ya he hecho un spoiler...)*





## • La desconocida •

Brian Mcneill la encontró entre la niebla, acurrucada en la playa. Yacía tumbada sobre el costado, protegida por una enorme capa negra y con los ojos cerrados. Su larga cabellera pelirroja caía sobre la espalda inmóvil. «Otro misterio que resolver», pensó Brian. ¿De quién se trataría esta vez? Sin dudarlo, sacó el móvil del bolsillo de su pantalón. Llamaría a Declan Connolly, el único agente de la aldea irlandesa en la que vivían, para contarle su trágico hallazgo. Estaba a punto de marcar su número, cuando la desconocida se movió.





—¡Ahhh! —gritó el chico.

—¿Dónde estoy? —preguntó ella desorientada al mismo tiempo que se incorporaba para quedarse sentada.

—En la playa de Aill, en el condado de Donegal, al noroeste de Irlanda.

Ella sonrió.

—Bueno, al menos sigo en Irlanda. ¿Qué hora es?

—Las ocho y cuarto —contestó Brian.

—¡Ufff! —Parecía asombrada—. Me he quedado dormida. ¡Qué extraño!

¿Extraño? Lo raro era que no llevase zapatos con la rasca que hacía.

—Vas descalza —le dijo apuntando con su dedo índice hacia los pies de la mujer.

—Estoy acostumbrada a caminar así —respondió con aire misterioso.

—¿De dónde eres?

Brian tenía fichados a todos los habitantes de la aldea y su cara no le sonaba de nada.

—De todos los lugares y de ninguno —respondió.





Mcneill arrugó el entrecejo.

—¿Eso qué significa?

—Significa que me tengo que marchar y que no debería hablar contigo. De hecho, eres mi primera conversación desde hace siglos.

—¿Te has golpeado la cabeza? —preguntó intentando buscar una razón a su aparente locura.

Porque daba la sensación de que estaba como una auténtica chota. Ella esbozó una ligera sonrisa.

—Me están esperando en otro lugar —dijo como toda explicación.

—A mí también —replicó Brian para darse aires—. Tengo que hacer algo muy importante.


—¿El qué? —se interesó ella.

—A las ocho y media me toca mi zumo de piña.

—¡Ah!

—Quedan siete minutos y treinta segundos.

—Apresúrate —le animó la desconocida—.



No puedes faltar a tu cita. Ni yo tampoco a la mía.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Brian.

—Sí... —contestó colocándose una amplia capucha con la que parte de su rostro quedó oculto.

Antes de que el chico saliera corriendo, ella le susurró algo al oído y después desapareció en la niebla. Fue al mismo tiempo que las campanas de la iglesia comenzaron a tocar a muerto.